

en Suiza disfrutando de las bellezas de las montañas, ella ocupaba una de las granjas haciéndola producir muy serenamente y ajena á las desazones de la quiebra. Conmovidó todo Plassans, refería que la mujer toleraba los excesos del marido, hasta permitirle las dos queridas que había llevado consigo á orillas de los grandes lagos. Y Pascual, con su habitual indolencia, descuidaba hasta el ir á ver al procurador de la república para hablarle del caso, ya debidamente informado por todo lo que le contaban; entendiéndose que de poco serviría reconocer tan fea historia, puesto que de ella no se podía sacar nada en limpio ni útil.

Entonces apareció amenazador el porvenir en la Souleiate. Ya amagaba la negra miseria para dentro de breve plazo. Y Clotilde, muy razonable en el fondo, fué la primera en temblar. Conservaba su viva alegría mientras Pascual estaba presente; pero, más previsora que él, en su ternura de mujer, agobiábala verdadero terror en cuanto la abandonaba un instante, inquieta por lo que sería de él á su edad, con tales sinsabores y carga tan onerosa. Durante varios días maduró un plan: el de trabajar, el de ganar dinero, mucho dinero, con sus dibujos al

pastel. Tantas veces la habían ensalzado su original y gracioso talento, que puso en autos á Martina, y cierto día la encargó que fuese á ofrecer algunos de sus quiméricos ramos de flores al comerciante en colores del paseo de Sauvaire, de quien se afirmaba que tenía relaciones de parentesco con un pintor de París. Era condición formal la de no exponer nada en Plassans, sino enviarlo lejos. Pero el resultado fué desastroso: el comerciante se quedó asustado al ver la extraña traza de la invención, el desenfrenado arrebató de la ejecución, y declaró que aquello no se vendería nunca. Ella, desesperada, sintió que gruesas lágrimas acudían á sus ojos. ¿Para qué servía? ¡Qué pena y qué vergüenza no servir para nada! Y preciso fué que Martina la consolase, explicándola que, realmente, no todas las mujeres nacen para trabajar: unas brotan como las flores en los jardines, para oler bien; al paso que otras son cual el trigo de la tierra, que se muele y alimenta.

Sin embargo, Martina rumiaba otro proyecto; decidir al doctor á que reanudase la visita de su clientela. Concluyó por hablar de él á Clotilde, quien en seguida le mostró las dificultades, la casi material imposibili-

dad de semejante tentativa. Precisamente había hablado de eso con Pascual la víspera, sin ir más lejos. También él se preocupaba, pensaba en el trabajo como única probabilidad de salvación. Lo primero que llegó á ocurrírsele fué la idea de abrir un gabinete de consulta. ¡Pero venía siendo desde hacia tanto tiempo el médico de los pobres! ¿Cómo iba á atreverse á exigir que le pagasen, al cabo de tantos años como llevaba sin reclamar dinero? Además, ¿no era tarde, á su edad, para volver á empezar una carrera? Y eso, sin contar las absurdas anécdotas que corrían acerca de él, aquella leyenda de genio semiloco que le habían inventado. No volvería á encontrar un cliente; era inútil crueldad obligarle á ensayos, de que saldría de seguro, con el corazón destrozado y las manos vacías. Por el contrario, Clotilde ponía todo su empeño en apartarle del proyecto; y Martina comprendió las buenas razones, y también exclamó que era preciso impedirle correr el riesgo de un pesar tan grande. Pero, al hablar de esto, ocurrióla otra nueva idea, recordando un antiguo libro-registro descubierto por ella en un armario, y en el cual había inscrito en otro tiempo las visitas hechas por el doctor. Muchas personas no le

habían pagado nunca; y la lista de éstas ocupaba nada menos que dos páginas del registro. Ahora que estaban mal, ¿por qué no habían de reclamarles á los morosos las cantidades que adeudaban? La reclamación hasta podría hacerse sin molestar al señor, quien siempre se había negado á acudir á la justicia. Y esta vez, Clotilde la dió la razón. Aquello revistió caracteres de conjura: ella misma sumó las deudas y redactó las cuentas de honorarios, y la criada las fué á entregar. Pero en ninguna parte la dieron un céntimo; limitándose á responderla de puerta en puerta que revisarían la nota y ya se pasarían por casa del doctor. Transcurrieron diez días; no vino un alma; y ya no quedaban en casa más que seis francos, para vivir dos ó tres días aún.

El día siguiente, como regresase Martina con las manos vacías de casa de un antiguo cliente, llamó aparte á Clotilde para decirle que acababa de hablar con la señora Felicidad, esquina á la calle de la Banne. Sin duda estaba acechándola. No había pensado en volver á poner nunca los pies en la Souleide. Y ni la desgracia que hería á su hijo, aquella repentina pérdida de dinero de que hablaba toda la ciudad, la impulsaba á acer-

carse á él. Pero esperaba con estremecimiento apasionado; y sólo conservaba su actitud de madre rigorista, intransigente con ciertas faltas, por estar segura de que al fin tendría á Pascual á merced suya, contando con que éste, un día ú otro, iba á verse obligado á llamarla en su ayuda.

Cuando ya no tuviese un cuarto, llamaría él á su puerta; y entonces dictaría ella sus condiciones, decidiéndole á que se casase con Clotilde, ó, mejor aún, exigiendo la marcha de la chica. Pero pasaban días, y no le veía venir. Por eso había detenido á Martina, poniendo cara lastimera, pidiendo noticias, pareciendo extrañarse de que no recurriesen á su bolsillo, insinuando que su dignidad la impedía dar el primer paso.

—Debiera hablarle V. de eso al señor, y decidirle—concluyó la criada.—En efecto, ¿por qué no se dirige á su madre? Eso sería lo más natural.

Clotilde protestó.

—¡Oh! jamás me encargaré de irle con semejante embajada. El maestro se enfadaría, y con razón. Creo que primero se dejaría morir de hambre que comer el pan de la abuela.

Al otro día, al servirles Martina en la co-

mida el guisote sobrante, advirtió tristemente.

—Ya no tengo dinero, señor; y para mañana no hay más que patatas, sin aceite, sin manteca... Ya hace tres semanas que sólo agua beben Vds. Ahora habrá que pasarse sin carne.

Los dos se alegraron, y bromearon como si tal cosa.

—¿Hay sal en casa?

—Eso sí, señor; aún hay una poca.

—Pues bien; las patatas con sal son muy buenas cuando hay hambre.

Volvióse á la cocina, y en voz baja reanudaron sus burlas acerca de su extraordinaria avaricia. Jamás se la ocurriría prestarles diez francos, y eso que tenía su pequeño tesoro oculto en alguna parte, en sitio seguro, de nadie conocido. Por supuesto, reianse sin motejarla; porque lo mismo pensaría ella en tal cosa, que en descolgar las estrellas para servirselas.

Sin embargo, por la noche, así que se hubieron acostado, Pascual notó que Clotilde estaba febril, atormentada por el insomnio. Por lo común, así en brazos el uno del otro, era como la confesaba, en las tibias tinieblas, y atrevióse Clotilde á manifestarle su inquie-

tud por la subsistencia de todos. ¿Qué iba á ser de ellos sin recursos? Hasta estuvo á punto de hablarle de su madre. Pero no atreviéndose, se limitó á declararle los pasos que habían dado Martina y ella: el antiguo registro que encontraron, las cuentas de honorarios presentadas, el dinero reclamado en todas partes inútilmente. En otras circunstancias, al oír esta declaración, Pascual hubiera tenido gran pesadumbre é ira, ofendido de que se obraba sin contar con él, yendo contra la costumbre de toda su vida profesional. Al pronto, se quedó silencioso, muy conmovido, y eso bastaba para probar cuál era por momentos su angustia íntima, bajo aquella apariencia de no importarle la miseria un bledo. Después perdonó á Clotilde, estrechándola frenéticamente contra su pecho, diciéndola que hizo bien y que no se podía vivir más tiempo así. Cesaron de hablar, pero ella le sintió que no dormía, buscando por su parte un medio de encontrar el dinero indispensable para las necesidades cotidianas. Tal fué su primera noche de desventuras, noche de sufrimiento común, en que ella se desesperaba con el martirio de él, y él no podía acostumbrarse á la idea de verla sin pan.

El siguiente día, al almuerzo, sólo comieron fruta. El doctor había permanecido mudo toda la mañana, presa de una lucha visible. Hasta las tres de la tarde no tomó una resolución.

—Vamos, hay que moverse—dijo á su compañera.—No quiero que ayunes esta noche también... Anda á ponerte el sombrero; saldremos juntos.

Ella le miraba, esperando comprenderle. —Sí; puesto que nos deben dinero y no han querido dároslo á vosotras, voy á ver si también á mí me lo niegan.

Temblábanle las manos. La idea de hacerse pagar de esta suerte, al cabo de tantos años, debía de costarle desesperado berrinche; pero se esforzaba por sonreír, haciéndose el guapo. Y ella, que en el tartamudeo de su voz conocía lo hondo del sacrificio, sintió llenársele de lágrimas los ojos.

—¡No, no, maestro. ¡No vayas, si te causa demasiada pena... Pudiera volver á ir Martina.

Pero la criada, allí presente, aprobaba sin restricciones el acto del señor.

—¡Toma! ¿Y por qué no ha de ir? Nunca es vergonzoso reclamar lo que nos deben... ¿No es así? A cada uno lo suyo... Encuentro

bien que el señor dé por fin prueba de que es un hombre.

Entonces, lo mismo que antes, en las horas de felicidad, el viejo rey David (como Pascual se llamaba á sí mismo algunas veces bromeando), salió del brazo de Abisaig. Ni uno ni otro iban aún harapientos, él con su levita abotonada, y ella con su lindo vestido de batista con pintas rojas, pero sin duda, el sentimiento de su miseria los achicaba, haciéndoles creer que sólo eran dos pobres, que tratan de ocupar poco sitio, escurriéndose modestos á lo largo de las casas. Las soleadas calles estaban casi desiertas. Algunas miradas les molestaron, y, sin embargo no aceleraban el paso: tanto era lo que se les oprimía el corazón.

Pascual quiso comenzar por un antiguo magistrado, á quien curara de una enfermedad de los riñones. Después de dejar á Clotilde en un banco del paseo de Sauvaire, entró en la casa. Pero alivióse mucho cuando el magistrado, olfateando su petición, le dijo que cobraba sus rentas en Octubre, y que entonces le pagaría. En casa de una señora septuagenaria y paralítica fué otra cosa: se ofendió de que la hubiesen pasado la cuenta por conducto de una criada que había ido

con malos modos; así es que Pascual se apresuró á pedirla mil perdones y darla todo el tiempo que quisiera. Luego subió al piso tercero de un empleado de Hacienda, á quien halló enfermo aún y tan pobre como él, hasta el punto de que ni siquiera se atrevió á indicar su reclamación. Fueron sucesivamente desfilando una tendera de mercería, la mujer de un abogado, un comerciante en aceites, un tahonero, personas todas ellas bien acomodadas; y todos le dieron mico, unos con pretextos, otros no recibéndole, y hasta hubo uno que no quiso darse por entendido siquiera. Faltaba la marquesa de Valqueyras, único representante de una familia antiquísima, muy rica y célebre por su avaricia, y que se había quedado viuda, con una hija de diez años. La guardó para lo último, porque le daba mucho miedo. Concluyó por llamar á su antiguo palacio, al fin del paseo de Sauvaire, edificio monumental de tiempos de Mazarino. Y permaneció allí tanto tiempo, que se puso llena de desasosiego Clotilde, la cual se paseaba debajo de los árboles.

Cuando, al cabo de media hora larga, reapareció por fin, sintiéndose aliviada le dió broma.

—¿Qué ha pasado? ¿No tenía suelto?
Tampoco había cobrado allí un céntimo.
Quejábase la marquesa de que sus colonos
no la pagaban.

—Imagínate—continuó, para explicar su
larga ausencia;—la niña está enferma. Temo
que sean principios de fiebre mucosa... En-
tonces ha querido que yo la viese, y he exa-
minado á esa pobre criatura...

Una invencible sonrisa asomaba en los la-
bios de Clotilde.

—¿Y has dejado escrita una consulta?

—Claro, ¿qué había de hacer?

Conmovidísima, le cogió de nuevo el bra-
zo, y sintió Pascual que se lo estrechaba con
fuerza contra su corazón. Anduvieron un
instante al azar. Asunto concluido: ya no
les quedaba sino volverse á casa, con las
manos vacías. Pero él se negaba, obstinán-
dose en querer para ella algo más que las
patatas y el agua que les esperaban. Cuando
hubieron subido por el paseo de Sauvaire,
torcieron á la izquierda, por la ciudad nue-
va; parecía que la desgracia se encarni-
zaba con ellos, arrastrándoles sin rumbo
fijo.

—Oye—dijo por fin Pascual—tengo una
idea... Si me dirigiese á Ramond, con mucho

gusto nos prestaría mil francos, á devolver
cuando se arreglen nuestros asuntos.

Clotilde no respondió en seguida. ¡Ramond,
á quien había rechazado ella, casado ahora,
inquilino de una casa de la ciudad nueva, en
vías de ser el médico de moda y de ganar
una fortuna! Sabía que, felizmente, su espí-
ritu era recto, su corazón sano. Si no había
vuelto á verles, era de fijo por discreción.
Al encontrarles alguna vez, ¡les saludaba
con un aire tan maravillado y tan satisfecho
de verles felices!

—¿Acaso te molesta eso?—preguntó inge-
nuamente Pascual, que hubiese abierto al jo-
ven médico su casa, su bolsillo y su corazón.

Entonces apresuróse á responder ella:

—¡No, no!... Entre nosotros jamás ha ha-
bido sino afecto y franqueza. Creo que le
causé mucha pena, pero me ha perdonado...
Tienes razón, es nuestro único amigo; á
Ramond debemos dirigirnos.

La mala sombra les perseguía. Ramond
estaba ausente, de consulta en Marsella, de
donde no regresaría hasta el día siguiente
por la noche; y la joven señora Ramond fué
quien les recibió—una antigua amiga de Clo-
tilde, tres años menor que ella.—Pareció
algo encogida, y, sin embargo, se mostró

muy amable. Pero, naturalmente, el doctor no hizo su petición y limitóse á explicar su visita diciendo que Ramond le hacía falta.

Pascual y Clotilde se sintieron de nuevo solos y perdidos en la calle. ¿A dónde dirigirse ahora? ¿Qué tentativa harían? Tuvieron que proseguir su caminata, á salga lo que saliere.

—Maestro, ¿no te lo he dicho?—se atrevió á murmurar Clotilde.—Parece ser que Martina se ha encontrado con la abuela... Sí, la abuela está intranquila por nosotros; le ha preguntado por qué no íbamos á verla, si pasábamos apuros... Y, ¡mira!, ahí abajo tienes su puerta...

En efecto, estaban en la calle de la Banne, y se veía el ángulo de la plaza de la Subprefectura. Pero acabó de comprender, y la impuso silencio.

—¡Jamás! ¿Oyes?... Y tú tampoco irás. Me dices eso porque te da pena verme así en el arroyo. También yo tengo oprimido el corazón al pensar que estás ahí y que sufres. Pero más vale sufrir que hacer una cosa que puede engendrar remordimiento continuo... No quiero, no puedo.

Abandonaron la calle de la Banne, y se metieron en el barrio viejo.

—Prefiero mil veces dirigirme á los extraños... Tal vez tengamos aún amigos, pero no están sino entre los pobres.

Y resuelto á pedir limosna, David continuó la marcha del brazo de Abisaig; el viejo rey mendigo anduvo de puerta en puerta, apoyado en el hombro de la vasalla amante, cuya juventud era ya su único sostén. Eran cerca de las seis; descendía el fuerte calor, se llenaban de gente las estrechas calles; y en aquel barrio populoso, donde eran queridos, recibían saludos y sonrisas. Mezclábase algo de lástima con la admiración, pues nadie ignoraba su ruina. Sin embargo, él del todo blanco y ella rubia del todo, parecían más guapos, heridos así por el rayo, estrechándose para consolarse. Se les veía más y más unidos y compenetrados, con la cabeza siempre erguida, orgullosos de su espléndido amor, pero abrumados por la desgracia, inmutado él, sosteniéndole ella con ánimo valiente. Pasaron obreros de chaqueta que tenían más dinero en el bolsillo. Nadie se atrevió á ofrecerles la moneda de cinco céntimos que no se niega al que tiene hambre. En la calle Canquoín quisieron detenerse en casa de Guiraude: había muerto la semana anterior. Fracasaron otras dos ten-

tativas que hicieron. Ya no les quedaba más recurso que dar en alguna parte un sablazo de diez francos. Llevaban tres horas callejeando por la ciudad.

—¡Ah! Tres veces más cruzaron á paso lento, en aquella límpida caída de la tarde de un ardiente día de Agosto, á Plassans, con el paseo de Sauvaire, la calle de Roma y la calle de la Banne que lo dividen en tres distritos; á Plassans, el de las ventanas siempre cerradas, la ciudad comida por el sol, de apariencia muerta, y que ocultaba una vida nocturna de casinos y de juego. En el paseo aguardaban, desenganchadas, antiguas galeras que conducían á los pueblecillos de la montaña; y bajo la espesa sombra de los plátanos, á las puertas de los cafés, los miraron sonriendo los consumidores, que se veían allí desde las siete de la mañana. Igualmente, en la ciudad nueva, donde los criados se plantaron en el quicio de las casas adineradas, percibieron menos simpatía que en las calles desiertas del distrito de San Marcos, donde los palacios antiguos guardaban un silencio amistoso. Volvieron al fondo de los barrios viejos, llegaron hasta San Saturnino, la catedral, cuyo ábside sombreaba el jardín del cabildo, un

rincón de paz deliciosa, de donde los echó un pobre pidiéndoles limosna él mismo. Edificábase mucho hacia la parte de la estación del ferrocarril, creciendo allí un arrabal nuevo; dirigiéronse á él. Volvieron luego, por última vez, hasta la plaza de la Subprefectura, con brusco despertar de la esperanza, con la idea de que acabarían por encontrar á alguien que les ofreciera dinero. Pero sólo les acompañaba el perdón de la ciudad al verlos tan unidos y tan hermosos. Los cantos de la Viorne, el piso de piedras pequeñas y puntiagudas, les herían los pies. Y á la postre, tuvieron que volverse de vacío á la Souleide, ambos, el viejo rey mendigo y la sumisa vasalla; Abisaig, en la flor de la juventud, conduciendo á David anciano, desposeído de sus bienes, cansado de recorrer inútilmente los caminos.

Eran las ocho. Martina, que los aguardaba, comprendió que aquella noche no tendría que guisar. Dijo que había comido; y como parecía enferma, Pascual encargó que se acostase en seguida.

—Nos pasaremos sin ti—repitió Clotilde.
—Puesto que están al fuego las patatas, nosotros mismos las cogeremos.

La criada cedió, de mal humor. Refunfu-

fiaba entre dientes : cuando no hay que comer, ¿á qué ponerse á la mesa? Luego, antes de encerrarse en su alcoba, dijo :

—Señor, ya no hay avena para *Bonifacio*. Le encuentro de mala pinta, y debiera V. ir á verlo.

Pascual y Clotilde, llenos de zozobra, dirigiéronse en seguida á la cuadra. En efecto, el decrepito caballo estaba tendido en su cama, soñoliento. Desde seis semanas antes no le habían sacado, á causa de tener las patas invadidas por el reumatismo; además, se había quedado completamente ciego. Nadie comprendía por qué conservaba el doctor aquella bestia decrepita; la misma *Martina* llegaba á decir que por humanidad había que matarlo. Pero Pascual y Clotilde se resistían, se emocionaban, como si les hablasen de rematar á un pariente viejo que no tuviese mucha prisa por irse al otro barrio. ¡No, no! Les había servido durante más de un cuarto de siglo, y moriría de buena muerte en su casa, como una "excelente persona," que había sido siempre. Y aquella noche el doctor no se desdenó de reconocerle con esmero. Le alzó las patas, le miró las encías, auscultó los latidos del corazón.

—No, no tiene nada—acabó por decir.—

Vejez, nada más... ¡Ah, pobre viejo mío, ya no volveremos á correr juntos por los caminos!

La idea de que no tuviese avena atormentaba á Clotilde. Pero Pascual la tranquilizó: ¡necesitaba tan poca cosa un animal de esa edad que no trabaja ya! Entonces cogió ella un puñado de hierba, de un montón dejado allí por la criada, y los dos se regocijaron cuando *Bonifacio*, por concesión amistosa, se dignó comer aquella hierba en su mano.

—¡Vaya!—dijo ella riéndose.—Aún tienes apetito; no hagas pamemas para enternecernos... ¡Buenas noches, y duerme tranquilo!

Y le dejaron dormir, después de darle uno y otro, como de costumbre, dos fuertes besos á izquierda y derecha de las ventanillas de la nariz.

Venía la noche, y tuvieron una idea para no quedarse abajo en la casa vacía, y fué atrancarlo todo y subirse al dormitorio la comida. Subió ella ligera la fuente de patatas con sal y un hermoso botellón de agua pura, mientras él cargaba con un cesto de uvas, las primeras cogidas en una parra temprana, al pie de la terraza. Se encerraron y pusieron el cubierto en una mesita,

las patatas en medio, entre el salero y la botella y á un lado el cesto de uvas encima de la silla. Y fué aquello un maravilloso banquete, que les recordó el exquisito almuerzo que hicieron al siguiente día de su noche de novios, cuando Martina se empeñó en no estar solos, de servirse ellos mismos, de comer arrimaditos uno á otro, en el mismo plato. Aquella noche de negra miseria, que con estériles esfuerzos intentaron evitar, les tenía reservadas las horas más deliciosas de su existencia. Desde que habían regresado y se encontraban en el fondo del gran dormitorio amigo, como á cien leguas de la ciudad que acababan de recorrer, borrábanse de la tristeza y el temor, y hasta el recuerdo de la mala tarde perdida en inútiles caminatas. Habían recobrado la indiferencia por todo lo que no fuese su ternura; ya no sabían si eran pobres, si al día siguiente tendrían que ir en busca de un amigo para comer por la noche. ¿A qué temer á la miseria y tomarse tantas penas, puesto que para saborear toda la dicha posible bastábase hallarse juntos?

Sin embargo, él se asustó.

—¡Dios mío, tanto como recelábamos esta velada! ¿Es razonable ser así tan felices?

¿Quién sabe lo que nos guarda el mañana?

Pero ella le puso la manita en los labios.

—¡No, no! Mañana nos amaremos, como nos amamos hoy... Amame con todas tus fuerzas, como te amo yo.

Y jamás comieron de mejor gana. Mostraba ella su apetito de joven sana y de robusto estómago, mordiendo á boca llena las patatas, dando risotadas, diciendo que eran admirables, mejores que los platos más careados. También él había recobrado su apetito de los treinta años. Los grandes tragos de agua pura les parecían divinos. Luego, como postre, enamorábales la uva, los racimos tan frescos, la sangre de la tierra dorada por el sol. Comían hasta hartarse, estaban ebrios de agua y de fruta, y sobre todo de alegría. No recordaban haber tenido juntos un festín semejante. El mismo primer almuerzo, con todo su lujo de chuletas, pan y vino, no les brindó tal embriaguez, tal felicidad de vivir, en que era bastante con el goce de estar juntos para cambiar la loza ordinaria en vajilla de oro, el misero alimento en celestial manjar, como ni los dioses lo saborean.

La noche había cerrado por completo, y

no encendieron lámpara, ávidos de meterse en la cama cuanto antes. Pero seguían abiertas de par en par las ventanas, ante el profundo cielo de verano; entraba el viento nocturno, caliente aún, trayendo lejanos aromas de espliego. Acababa de salir en el horizonte la luna tan llena y tan ancha, que toda la alcoba estaba anegada en una luz argentina, y veíanse uno á otro como á la claridad de un ensueño, infinitamente esplendorosa y dulce.

Entonces, desnudos los brazos, desnuda la garganta, desnudos los pechos, concluyó ella magníficamente la orgía que le brindaba: le hizo el regio regalo de su cuerpo. La noche antes habían sentido el primer escalofrío de inquietud, un espanto instintivo, al aproximarse amenazadora la desdicha. Y ahora parecía olvidado otra vez el resto del mundo: era una noche de suprema bienaventuranza que les concedía la misericordiosa naturaleza, con ceguera absoluta para cuanto no fuese su mutua pasión.

Clotilde tenía abiertos los brazos, se entregaba, se daba toda entera.

—¡Maestro, maestro! He querido trabajar para ti: he visto que no sirvo para nada; soy incapaz de ganar un bocado del pan que

comes. No puedo hacer más que amarte, darme, ser tu placer de un momento... ¡Y me basta ser tu placer, maestro! ¡Si supieses cuán contenta estoy de que me halles hermosa, puesto que te puedo regalar toda esta hermosura! No tengo más que ella, ¡y soy tan feliz al hacerte dichoso!

Teníala él abrazada con arrobamiento, y murmuró:

—¡Oh! ¡Sí, hermosa! ¡La más hermosa y la más deseada!... Todas esas pobres joyas con que te he adornado, el oro, la pedrería, no valen lo que el más pequeño rinconcito del raso de tu piel. Una de tus uñas, uno de tus cabellos, son riquezas inestimables. Besaré devoto, una por una, las pestañas de tus párpados.

—Y, oye bien, maestro: mi gozo es que seas viejo y ser joven yo, porque más y más te hechiza así el regalo de mi cuerpo. Si fueses joven como yo, te daría menos placer el señorío de mi cuerpo; y así sería yo menos dichosa... Sólo por ti tengo orgullo de mi juventud y de mi hermosura; y sólo hago de ellas gala para ofrecértelas.

Habíale entrado á él un gran temblor, y se le humedecían los ojos, al sentirla suya hasta ese punto, tan adorable y tan preciosa.

—Haces de mí el señor más rico, el más poderoso; me colmas de todos los bienes, derramas dentro de mí el deleite divino, el mayor que puede llenar el corazón de un hombre.

Y ella se daba más y más: entregábase hasta la sangre de sus venas.

—Tómame, pues, maestro, para que desaparezca yo y me anonade en ti... Toma mi juventud, tómalala de golpe, en un solo beso, y bébetela de un trago, hasta agotarla, hasta que no quede sino un poco de miel en tus labios. ¡Tan feliz me harás, que yo soy quien ha de estarte agradecida!... Maestro, toma mis labios ya que son frescos, toma mi aliento puesto que es puro, toma mi seno suave para la boca que le besa, toma mis manos, toma mis pies, toma todo mi cuerpo, puesto que es un capullo á medio abrir, un raso delicado, un aroma con el que te embriagas... ¿Oyes, maestro? ¡Sea yo un ramillete vivo, y aspirame tú! ¡Sea yo un tierno fruto, y saboréame! ¡Sea yo una caricia sin fin, y gózame tú bañado en mí!... Soy cosa tuya, flor que nace á tus pies para tu recreo, agua que corre para refrescarte, savia que hierve para darte nueva juventud! ¡Y yo no soy nada, maestro, si no soy tuya!

Dióse ella, y él la tomó. En ese momento la iluminaba el fulgor de la luna, en su soberana desnudez. Aparecióse como la belleza misma de la mujer en su inmortal primavera. Y dábale gracias él por el regalo de su cuerpo, cual si le presentasen los tesoros de la tierra. Ningún regio donativo puede igualar al de la mujer joven que se entrega y da la ola de la vida... quizás el hijo. Pensaron en el hijo, y acrecentóse con ello su ventura, en ese regio banquete de juventud que Clotilde servía y que reyes hubiesen envidiado.